

se dirá tambien de nosotros: *Et apprehensum sanavit eum, et dimisit.* Así sea.

HIJA DE JAIRO.

(LA)

Domine, filia mea modò defuncta est: sed veni, impone manum tuam super eam, et vivet

Señor, una hija mia acaba de morir: pero ven, impon tu mano sobre ella, y vivirá.

(MATTH. IX, 18.)

El texto evangélico nos refiere, que al hablar de Jesús, en cierta ocasion, el viejo Jairo, príncipe y cabeza de la Sinagoga, se acercó á él, y adorándole humildemente, le dijo: Señor, una hija mia acaba de morir; pero ven á imponer tu mano sobre ella, y recobrará la vida. Levantándose el Salvador, se fué tras él, llevando consigo á los apóstoles y á una multitud inmensa del pueblo, que casi siempre lo acompañaba, y le rodeaba tan estrechamente, que se hallaba como oprimido por ella. Vivía entónces una infeliz mujer que habia sufrido por espacio de doce años, y sufría aún un obstinado flujo de sangre, tocó el vestido de Jesús, y quedó al punto curada. El Salvador, dirigiéndole una mirada afectuosa, la dijo: Hija mia, tu fé te ha curado. Luego que el Salvador estuvo en la casa de Jairo, y viendo ya reunidos á los que debian formar el fúnebre cortejo, les dijo: Retiraos; la jóven á quien llorais, no ha muerto, solo está dormida. No habló así el Señor porque no estuviese la jóven verdaderamente muerta, sino porque lo estaba de un modo temporal y condicional, de suerte, que debia volver en sí dentro de poco. Sin embargo, como no comprendieron este lenguaje espiritual y divino, se rieron del Salvador, quien en justo castigo los echó de la casa: entrando luego en la estancia, donde yacia el frio cadáver de la jóven, la tomó por la mano; en señal de su supremo poder la levantó, y con aquella voz que impone respeto á la muerte, y la aleja, con su voz, que llama á la vida y en el mismo instante la hace comparecer, exclamó: Jóven, levántate; yo

te lo mando. Y al punto, el alma, ya separada, volvió á unirse al cuerpo de la doncella, y la hija de Jairo abrió los ojos, se levantó alegre, y echó á andar, llena de salud y de vida.

Esta es la historia literal; elevemos ahora la consideracion al gran misterio que está oculto en ella, y que los padres más doctos han reconocido unánimemente. Para interpretarlo con acierto, imploremos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. El padre de la jóven se llamaba *Jairo*, y esta palabra hebrea significa *iluminado* ó *iluminante*. El archisinagogo es, dice san Hilario, la figura de Moisés, cuyo rostro fué *iluminado* por Dios en el Sináí, de suerte, que los hebreos no podian mirarle cara á cara; y despues de recibir la ley y la doctrina de salvacion y de vida, que nos comunicó en el sublime libro del *Pentateuco*, de *iluminado* por el Espíritu Santo, se convirtió en *iluminador* del mundo.

Postróse Jairo á los piés de Jesucristo para adorarle, en cuyo acto representó á Moisés, quien, al revelársele el gran misterio del Hijo de Dios, que habia de venir al mundo, naciendo de una vírgen, creyó en él, como enseña san Pablo, le tributó el homenaje de su adoracion cuando le vió en espíritu sobre el Sináí; y despues, en realidad, en el Tabor, reconoció su poder divino y se sometió á su imperio. La hija de Jairo es el símbolo de la Sinagoga de los judíos, obra de Moisés, porque Moisés la constituyó. Esta obra de Moisés habia degenerado, hasta el extremo de que, á la venida de Jesucristo, los judíos habian olvidado casi del todo las tradiciones, la observancia de la ley de Dios, la fé de Abraham y los verdaderos caracteres del Mesías; por esto, cuando apareció en medio de ellos, no le conocieron. ¡Miserable condicion de la Sinagoga! Cuando acudió á ella Jesucristo, el médico celestial, el que es la salud y la vida, entónces estaba muerta, en vez de presentarse sana y robusta. Ved ahí porque Jairo, al rogar á Jesucristo, que resucite su hija única, representa á Moisés, que tantas veces pidió al Señor la resurreccion espiritual de la Sinagoga, su hija única, á quien amó más que á sí propio.

Notad tambien, que el Salvador habia obrado, hasta entónces, siete milagros; y por lo tanto, el prodigio de la resurreccion de la hija del príncipe debia ser el octavo; mas, habiendo la hemorroisa salido al encuentro del Señor en el camino, donde la curó, esta curacion fué el octavo milagro de Jesucristo. Y por lo mismo, el milagro octavo, el milagro perfecto, destinado para la hija de Jairo, lo obtuvo la hemorroisa. Así tambien, la Iglesia de los gentiles ha pasado á ocupar el puesto destinado directamente á la Sinagoga de los judíos. Fué la

última en pedir su curacion, y ha sido la primera en conseguirla, segun la profecía de David, de que la Etiopía, ó sea, el gentilismo, maleado y desfigurado por sus vicios, habia de anticipar á Israel al tocar los vestidos del Hijo de Dios; habia de levantar la primera sus manos, tendiéndolas hácia él, en ademan de súplica, y habia de conseguir su curacion. Mas, al curar el Salvador á la hemorroisa, no dió al olvido á la difunta hija de Jairo, significando con esto, como dice san Pablo, que despues de convertidos los gentiles, se salvará tambien Israel: *Donec intraret plenitudo gentium; tunc salvus fiet omnis Israel* (ROM. XI). Así pues, Jesucristo, que, despues de curar á la hemorroisa, continúa su camino para resucitar á la hija de Jairo, nos manifiesta, que cada dia es más próxima la conversion de los judíos, ya que se van convirtiendo los gentiles.

En tanto que el Señor se dirigía á la casa de la jóven difunta, habian acudido á ella, segun costumbre, una turba numerosa y un gran número de tocadores de flauta, para acompañarla en el entierro. Con esto se nos significa lo que sucede en la actualidad; es decir, la turba de rabinos que rodean al pueblo judío, que se titulan maestros y directores de la Sinagoga viva, y no son sino los tristes cantores que deploran su muerte, la extincion de su reino, la abolicion de su sacerdocio y la destruccion de su templo. Estos cánticos son inútiles y estériles: en vano se repiten todos los sábados; serán impotentes para resucitar á la Sinagoga, hasta que Jesucristo la vuelva á la vida. La flauta, dice un docto expositor, produce un sonido suave al oido, pero incomprendible para el espíritu. Esos tocadores de flauta representan pues á los fariseos, que explican la Escritura al estúpido judío en el sentido literal, que, prescindiendo del espíritu, nada enseña. Por lo tanto, Jesucristo que luego de entrar en casa de la jóven difunta impuso silencio y mandó arrojar de ella á los músicos importunos, nos recuerda que, un dia, arrojará de entre los judíos á los impostores que los engañan, y dará vida á la letra muerta de la Escritura, que los adormece, sin instruirlos.

Encontró igualmente el Señor en casa de la difunta una multitud afligida y ruidosa. Esta circunstancia es tambien muy significativa; pues nos indica, que los judíos son un pueblo que alborota en el mundo, y no un pueblo creyente. Esta turba insolente, cuando el Señor le encargó que no llorase, diciéndole: «La jóven no ha muerto, sino que duerme,» tomó á burla sus palabras; por esto el Señor la arrojó de la casa, y, por consiguiente, la privó de presenciar el milagro de la resurreccion de la doncella. Esta turba es símbolo de los judíos, á quienes el Señor ha deseado siempre salvar; pero á quienes, en vista

de su obstinacion en no creerle, y de sus sacrilegios en no hacer caso de sus doctrinas y de sus milagros, los aparta de sí, y los priva de ver la milagrosa resurreccion de la Sinagoga. Jesucristo solo permite que presencien el milagro el padre y la madre de la difunta y sus tres apóstoles, porque la conversion de los judíos se realizará en virtud de la promesa hecha á Moisés, y conservada en la Iglesia; y porque la multitud de Israel recibirá entónces de la doctrina de los apóstoles la fé de Jesucristo. Jesucristo tomó de la mano á la jóven, ántes de resucitarla, porque la Sinagoga muerta no podrá resucitar, si Jesucristo no purifica con el contacto de su mano las manos de los judíos, que están manchadas con su preciosísima sangre. Por último, á la voz todopoderosa de Jesucristo resucita la jóven, echa á andar, y Jesucristo manda que le den de comer. Así tambien, la predicacion de Jesucristo, hecha por sus ministros, reanimará á la nacion judía, que está como muerta por atenerse á la letra de la Escritura; se sentará entónces á la mesa comun de la Iglesia, para alimentarse con la carne del Salvador, y andará con fervor y con celo por el camino de la salvacion eterna. Dignaos, Señor, en vuestra misericordia, activar este grande acontecimiento: reunid cuanto ántes á Ismael é Isaac, á Esaú y Jacob, á los hijos de Abraham, segun la carne, y los hijos de éste patriarca, segun la fé; los judíos y los gentiles; Jerusalem y Roma; á fin de que, formando todos un solo pueblo, una ciudad, una familia, un redil vigilado por un mismo pastor, podamos todos alabar vuestro santísimo nombre, rendiros el mismo culto, ser partícipes de los mismos sacramentos, y conseguir la misma herencia y la recompensa eterna.

2. Los padres y los intérpretes están acordes en opinar, que la afortunada hija de Jairo representa tambien otro tierno y halagüeño misterio, en el cual todos debemos tener un grande interés: el misterio de la muerte de los justos. La sagrada Escritura, hablando de los pecadores, dice, que por el olvido en que tienen á Dios, al alma y la eternidad, por la seguridad funesta en que, néciamente tranquilos, viven en el pecado, son como hombres que pasan en el sueño su vida. Al contrario, dice, que los justos, dedicados á expiar, á corregir y á santificar todos sus pensamientos, todos sus afectos y todas sus obras, son como criados fieles, que velan constantemente, esperando la llegada de su señor: *Beati servi illi quos, cum venerit Dominus, invenerit vigilantes*. Mas, en la hora de la muerte, la suerte se cambia. El pecador, que ha pasado la vida durmiendo, en aquel terrible momento, despierta; y entónces se perturba su entendimiento, se desazona su corazon, se agita en busca del tiempo, que se le escapa,

de la gracia que le falta, y de la esperanza que le abandona. El justo, al contrario, que ha velado constantemente, en la hora de la muerte, sin remordimiento de lo pasado, sin afán por lo presente, sin temor de lo futuro, firme é inmóvil en su esperanza, empieza á descansar y á dormir en el seno de Dios.

Así, lo que Jesucristo dice de la jóven difunta: «No está muerta, sino que duerme;» debe entenderse como una exhortacion dirigida al cristiano fiel para que no tema la muerte, no solo porque el Salvador la ha santificado y la ha dulcificado, sujetándose á ella, sino tambien, porque la muerte, en la cual nos asiste con la gracia de los sacramentos, con el don de la perseverancia, con el libro de la predestinación y con el beso de su amor, se trueca en un apacible sueño. Y ¿cómo es posible, en verdad, leer estas dulces palabras de Jesucristo: «No está muerta la jóven, sino que duerme;» sin acordarse de las consoladoras palabras de la Escritura sobre la muerte del justo? Los justos, dice el Sábio, en concepto de los nécios del siglo, parece que mueren tambien como los demás; pero no mueren, sino que pasan á descansar en un sueño tranquilo: *Visi sunt oculis insipientium mori; illi autem sunt in pace.* Ved como el niño, sin temor alguno, se duerme en los brazos de su madre; así los justos descansan en los brazos de Dios cuando mueren, y no experimentan las angustias de la muerte. El niño, que se duerme en el regazo de su madre, conserva y manifiesta con la sonrisa de sus lábios la tranquilidad de su corazón; así tambien el justo, que descansa en el seno de Dios, se sonríe en sus últimos momentos. Por esto, aunque nada hay más horrible y funesto que la muerte del pecador, así tampoco hay nada más precioso, más suave ni alegre delante de Dios, que la muerte de los santos. ¡Calculad cuál sería el gozo de la jóven difunta, cuando, al llamarla Jesucristo á la vida, al abrir los ojos, se vió rodeada de los apóstoles, en brazos de Jesucristo, que la tenia todavía de la mano, y vuelta á la vida y al amor de sus padres! Y con todo, esta alegría no es sino una imágen imperfecta de la admiración y del gozo inmenso, que experimentará el alma del justo, cuando, elevada por Jesucristo, después del sueño de la muerte, á la vida inmortal, se encuentre en la celestial Jerusalem entre los coros de los ángeles, en compañía de los santos y de los apóstoles, en brazos de Jesucristo, y será presentada á su eterno Padre y á su amorosa madre María. ¡Oh, la alegría de una muerte como ésta basta para recompensar al cristiano humilde, mortificado, caritativo y piadoso, de todas las privaciones y de todos sacrificios aceptados para conservarse fiel á Dios, para observar sus leyes y para practicar la virtud! ¡Oh, cuánto bendecirá entónces

una vida, que le ha proporcionado tan dichosa muerte! Con mucha razon la Escritura califica á los pecadores de nécios é insensatos, supuesto que tan mal comprenden sus intereses eternos. Los justos, los sencillos, los hombres recogidos, que se dedican al retiro, á la oracion, al celo y á la caridad: ved aquí los verdaderos sábios, los verdaderos filósofos, que conocen su bien y aciertan en sus cálculos. Pasan tranquilos y contentos su vida, y lo están tambien á la hora de la muerte.

¡Dios bondadoso y clemente! concedednos la gracia de acabar nuestra vida con la muerte santa, apacible y preciosa de los justos. Haced que nuestra muerte sea un sueño en la tierra, para que despertemos en el cielo; un tránsito de vuestra gracia, para descansar luego en vuestra gloria. Así sea.

HIJO PRÓDIGO.

(EL)

Homo quidam habuit duos filios.
Un hombre tenia dos hijos.

(LUCAS, XV, 11.)

Hace mucho tiempo, hermanos míos, que sale de mis lábios un lenguaje triste y severo; paréceme que os veo inclinados á quejarnos y á decirme: «ministro del Señor, nos estais haciendo beber el amargo vino del temor y de la amenaza: *Potasti nos vino compunctionis* (PSALM. LIX, 5). Solo nos hablais del pecado y de los castigos que merece; solo desplegais á nuestra vista las terroríficas imágenes del juicio final y del infierno. En tanto que la tempestad de la justicia divina retumba sin cesar á nuestros oídos, nuestros temblorosos y consternados corazones se parecen á un terreno, que, herido por el rayo, se conmueve hasta sus entrañas y se abre por todas partes: *Conmovisti terram, et conturbasti eam* (PSALM. LIX, 4). ¿Para cuándo dejais el consolarnos y cicatrizar las profundas heridas que nos habeis inferido? *Sana contritiones ejus, quia commota est* (PSALM. LIX, 4). Pues bien, hermanos míos; ya que nos hemos ocupado de la justicia infinita, hablémos hoy de la infinita misericordia. No nos toca á nosotros describirla; y ¿pudiéramos, acaso, dar de ella una